CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

HEMOS ECHADO LAS REDES Y NO HEMOS PESCADO NADA. EL CANSANCIO DEL EVANGELIZADOR

https://www.youtube.com/watch?v=v4x-8sj-xJw

«***Hemos echado las redes y no hemos pescado nada***». Ese es el título, ¿qué os parece? Y el subtítulo es «***El cansancio del evangelizador***». Bueno, de ahí partimos. No vamos a esconder aquí las dificultades, pero vamos a abordarlas. ¿Os ha pasado alguna vez esto? «He echado las redes y no he sacado nada». A ver, que levante la mano el que se identifica. Obviamente, claro que nos identificamos.

Ahora, vamos a ver una cosa, en la Iglesia estamos viviendo un contraste. Por una parte, vivimos experiencias de nueva evangelización muy frescas, estimulantes; somos testigos de conversiones, de nuevas conversiones que, la verdad, son un regalo. Hace poco estaba yo en la entrada y me ha dicho una persona, uno de los que están aquí: «Hace ocho meses fue mi conversión»; después de doce años, el Señor me habló, se sirvió de un libro, ese libro me puso a mí en camino de buscar la voluntad de Dios. Están ocurriendo muchas conversiones. Yo creo que también soy un testigo privilegiado de ello porque a Radio María llegan muchos ecos de muchas conversiones. Entonces, es esperanzador ver las iniciativas que se hacen, atrevidas, yo creo que imaginativas, muy creativas, para intentar llegar a las personas alejadas, pero también digo que hay un contraste, y es que la tendencia sociológica global va en dirección contraria.

Vamos a ser claros: la secularización, o sea, el alejamiento de Dios, parece como un fenómeno inexorable, como si fuese el calentamiento climático, que no hay quien lo mueva. O sea, que es una cosa que va en esa dirección: la secularización va para allá, vete tú y cámbiala. Es como si en la puerta de la iglesia se chocasen aquellos que entran, porque tienen una nueva conversión, con los que salen arrastrados por la secularización. En la puerta de la iglesia, dice: «Déjenme que voy a salir». «Déjenme que voy a entrar». Y se están chocando los que entran y los que salen.

Ahora, hay una diferencia que para mí es importante: los que salen de la iglesia, los que se alejan, se alejan no tanto por una decisión consciente y libre, sino que se alejan arrastrados por el ambiente, sin haber tomado una decisión personal, más bien, son arrastrados; mientras que los que retornan, sí han tenido una convicción firme, sí han tenido un encuentro personal, no están arrastrados; caminan con la luz del Espíritu, pero caminan. Entonces tenemos que conjugar las dos cosas, señores. Tenemos que conjugar este momento en el que la Iglesia se lanza a la evangelización, a la nueva evangelización,

a no asustarnos, y, al mismo tiempo, sabiendo que nos toca hacerlo en un ambiente en el que las cosas van en dirección contraria, porque es cierto que los resultados globales son duros. Cada vez que viene el CIS o alguna de estas encuestadoras diciendo cuáles son las creencias de la población, obviamente se va notando, estadística tras estadística, que la secularización crece. Por ejemplo, que el tanto por ciento de los jóvenes que eligen la clase de religión en Bachillerato, etcétera, va bajando. Es que eso se nota.

Entonces, ante esta situación tan contradictoria, ¿qué hacemos, señores? Hay un pasaje del capítulo 6 de San Juan, cuando, después de que Jesús predicó aquel sermón, muchos comenzaron a marcharse porque dijeron: «¡Madre mía!, la predicación de Jesús es dura. A ver quién le hace caso a este hombre». Es una predicación radical, es exigente. Seguir a Jesús requiere mucho, y se comenzaban a alejar. Entonces va Jesús y les dice: *«¿También vosotros queréis marcharos?»*. Es curioso, Jesús no se asusta a la hora de ver que la gente se aleje. La reacción de Jesús es: «¡no os vayáis!, voy a intentar reformular lo que he dicho de una manera que a ver si bajando un poquito el listón se entiende mejor». Eso no lo hace Jesús. Les dice: «¿También vosotros queréis marcharos?». Y nos lo dice hoy a los que estamos aquí, y nosotros tenemos que responderle con Pedro: «*Señor, ¿a dónde iremos? Solo tú tienes palabras de vida eterna*», luego tenemos que reafirmarnos en eso. Ya sé, me ha tocado vivir en un tiempo en el que estamos siempre remando contracorriente. Yo a veces suelo decir de mí mismo: «Me ha tocado toda mi vida ser el Pepito Grillo; es que siempre tengo que estar llevando la contraria». Es verdad, nos ha tocado ese papel, porque vivimos en el contexto en el que vivimos. Pero «*Señor, ¿a dónde iremos, si solo tú tienes palabras de vida eterna?».*

A veces Jeremías se le quejaba al Señor: «*¡Porqué me ha tocado siempre el papel de tener que estar siempre anunciando que vamos por el camino de la perdición!*» Parece que siempre soy un profeta agorero. Siempre tengo que estar diciendo que no, que por aquí no. Me gustaría ser más guay, me gustaría caer bien a todo el mundo, me gustaría no tener que lanzar la voz de alarma, pero me ha tocado. Jeremías, te ha tocado ser un profeta que, obviamente, tu fidelidad a mucha gente le resultará antipática. Obviamente, para un evangelizador es duro digerir que la secularización continúe, pero también es una alegría muy grande ser testigo de las conversiones. Eso es así.

Recuerdo una anécdota que os la voy a compartir. Siendo yo obispo de San Sebastián, vino un misionero que estaba en el Ecuador y al hombre le habían detectado un cáncer de piel en la cabeza bastante serio. Y, claro, le dijimos: «Tienes que venirte aquí para tratar ese cáncer, porque allí a ver cómo lo vas a tratar». Viene aquí y, mientras que le trataban o no le trataban, busqué un sitio en el que pudiera estar como sacerdote y yo le dije: «Vete a esta capilla en Rentería». El hombre pasó una semana, pasó la segunda semana, la tercera semana, y viene y me dice: «Señor obispo, mire, ¿sabe lo que le digo?, ¡ni tratamiento de cáncer ni nada! Yo me vuelvo a Ecuador, porque —dice— yo allí era querido, amado, era el padrecito. La gente me tocaba la puerta continuamente. Vamos, no me dejaban en paz. Yo me quejaba, pero estaba encantado, pero aquí yo llevo tres semanas en Rentería y nadie me ha tocado la puerta». Y me decía: «Usted déjeme

marchar». Y yo le decía que no, que el cáncer te lo tienen que tratar, que si vas allí con un cáncer, pues vas a ser un problema. Pero a mí me impactó lo que era para ese hombre, tras haber vivido la experiencia de predicar el Evangelio y ver enseguida los frutos, venir aquí y decir: «¡Madre mía!, que duro es predicar y no ver ningún fruto y verte solo, etcétera». Y le dije: «Mira, creo que el Señor en este momento de tu vida, en esta prueba de purificación, junto con tu enfermedad, también quiere que tú pongas tu confianza, que pongas tu alegría, no en los frutos que obtienes, sino en que Dios está contigo. No valorarte por lo que te valoren los demás». Atento a esto que he dicho, "*no valorarte por lo que te valoren los demás*", porque eso suele ocurrir mucho: que, si los demás me valoran, yo tengo la autoestima súper arriba. Ahora, si los demás no me valoran, tengo la autoestima por el suelo, "¿eso que estoy haciendo está bien planteado o qué?".

No sé si habéis oído hablar de los genios de la pintura que en su tiempo no tuvieron éxito. No sé si sabéis, por ejemplo, que Van Gogh pintó 900 cuadros, pero que en vida solo pudo vender uno, nadie le compró los demás. Tú fíjate, ahora hazte con un Van Gogh en este momento, pero el hombre murió como un desgraciado, que nadie le compraba un cuadro. A ver, y al Greco le pasó más de lo mismo. El Greco es un gran pintor, pero vamos, casi desde principios del siglo XX. Felipe II vio un cuadro y dijo: «Esto es extravagante y ridículo». No le gustó. Entonces podría parecer que Van Gogh o el Greco pasaron los días de su vida...; si ellos hubiesen dicho: «yo me valoro a mí mismo por el reconocimiento que me hagan los demás», pues hubiesen sido unos fracasados. ¿Pero es que yo puedo valorar mi vida por el aplauso de los demás? ¿Puedo valorarla por eso? ¡Qué error es ese!

En el fondo, creo que algo que es importantísimo es que pensemos lo siguiente, y es una cosa que yo repito continuamente: "*mi público es Dios*". Yo a quien tengo que mirar y decir: «¿voy bien?, ¿no voy bien?» es a Dios. Yo no puedo mirar a los demás y decir «¿voy bien?, ¿os está gustando?, ¿no voy bien?». Yo, ¿a dónde voy?

Recuerdo, por ejemplo, que cuando predicaba el Catecismo de la Iglesia Católica en Radio María, cuando te tocaba predicar, ciertos temas son muy atractivos, por ejemplo, un día sobre las mentiras, las mentiras piadosas, eso nos interesa a todos, y en Radio María, en la centralita había como un sistema de ver cuántas llamadas de los oyentes había en espera, y cuando tratabas temas que parecían muy interesantes, estaban todas las luces encendidas, de gente quería llamar y preguntar. Pero cuando me tocaba hablar de la Santísima Trinidad, se encendían pocas bombillas, ¿sabes? ¿Y qué pasa?, ¿voy a dejar yo de hablar de la Santísima Trinidad? Yo voy a hablar de la Santísima Trinidad, se enciendan más bombillas o menos bombillas, yo no voy a estar mirando el "share". Hay mucha gente por ahí, que mira el "share". Es lo que hacen los programas televisivos, lanzan un programa y en tres o cuatro días se va a saber si el programa sigue adelante o lo quitan de cartelera. Y empiezan a hacer una encuesta con el share y dice: «¡Uh!, tuve un éxito tremendo, tú tira adelante». De repente, hemos pegado un bajón, el programa no ha enganchado, venga, quítalo de en medio. ¿Qué no nos interesa? Hacemos las cosas en esta vida mirando el share, y eso es un desastre y repito, Van Gogh murió como un fracasado. Y valemos, lo que valemos para Dios, somos lo que somos para Dios, no lo que

seamos para los demás. Esto nos solucionaría muchísimos problemas de autoestima, de valoración de lo que tenemos entre manos y muchas cosas más. Si tuviésemos esto claro, que yo soy lo que soy para Dios, es que íbamos a vaciar, con perdón, que aquí habrá más de un psicólogo, las consultas de los psicólogos. Esto es lo que hay, estamos en estas.

Ahora bien, como tenemos que remar en donde estamos, creo que es bueno que hagamos una reflexión sobre cuáles son las causas de esta tendencia social hacia la secularización en la que estamos, ¿de acuerdo? Creo que es interesante; ¿qué causas podemos ver?, ¿por qué este mundo camina - que parece que esto es casi como un cambio climático de esos - hacia la secularización? Me atrevería a hablar de algunas causas.

Primera: *la proliferación de nuevos narcóticos que intentan adormecer el hambre y la sed de Dios*. El hombre tiene hambre y sed de Dios, pero en este mundo hay como nuevos narcóticos, como el materialismo, que acaba siendo el opio del pueblo. Decía Carlos Marx que "*la religión es el opio del pueblo*"; ya, el opio del pueblo es el materialismo. Ese es el opio del pueblo, que dice uno: «Tengo lo que quiero, pues ya está. Si tengo lo que quiero, no necesito nada más». Eso es el opio del pueblo; que, porque estás lleno de cosas, te parece que no necesitas de Dios.

O, por ejemplo, el bienestar, la sociedad del bienestar, que nos parece que hemos llegado a identificar bienestar y felicidad. Pregunto yo: ¿es lo mismo la felicidad y el bienestar? Ni remotamente, vamos, ni remotamente. La sociedad del bienestar es una cosa, el que alguien tenga más o menos sus necesidades cubiertas, etcétera, etcétera; a eso se llama sociedad del bienestar. La felicidad es otra cosa.

Las tecnologías, que se han demostrado ser a veces como cárceles sin barrotes, que nos desconectan de la realidad, que nos hacen adictos; eso también es un hecho.

La imagen de la Iglesia vapuleada. Estamos en una cultura en la que el influjo mediático es muy grande. Hay por ahí alguna encuesta muy interesante sobre qué opina la juventud de la Iglesia y os podéis imaginar que los resultados, ya con esa pregunta, los resultados van a ser duros, ¿verdad? Pero es muy interesante ver que en esa encuesta hay una diferencia sustancial en cómo responden los jóvenes: los jóvenes que han conocido a la Iglesia de cerca, que saben cómo se llama su párroco; frente a los jóvenes qué opinan de la Iglesia y no saben cuál es su parroquia ni han tenido con la Iglesia nunca ningún tipo de relación. Tu imagen de la Iglesia es mucho más negativa que si la conoces de verdad. Es un elemento importante a tener en cuenta.

Ligado a lo anterior, también influyen mucho las nuevas ideologías, esta ideología woke famosa, la ideología de la cancelación, esta especie de nuevo paradigma que parece que quiere romper con nuestras raíces cristianas; que se avergüenza de nuestra historia, que parece que estudiamos la historia de España y nos olvidamos de la Reconquista, nos

olvidamos de que fuimos una nación que se forjó en torno a una fe, a una fe que formaba un alma.

También creo que influye mucho en este alejamiento, en la secularización, el hecho de que vamos construyendo una sociedad en la que nos aislamos, no vivimos comunitariamente, y huimos del compromiso. Estamos dispuestos a ayudar, pero puntualmente, pero sin comprometerte con algo de una manera, digamos, que requiera constancia. Por ejemplo, asistir a una cosa que es una charla de un día, vale, pero apuntarme a un cursillo todas las semanas, ¡cuidado! Estamos en una cultura que huye del compromiso y que tiende a aislarnos, y eso también, obviamente, colabora fuertemente con la secularización. Entonces podríamos hacer, y creo que es necesario, un estudio, una reflexión sobre las causas de la secularización, como muy brevemente acabo de hacer yo ahora.

Causas de la secularización: ¿por qué nuestra cultura avanza en una dirección del alejamiento de Dios? Ahora voy a lo que me parece que es lo principal, pero nos engañaríamos si pensáramos que el mayor problema para la evangelización lo tenemos fuera. El mayor problema lo tenemos dentro de nosotros. A ver, ¿cuál es el mayor obstáculo para que nosotros seamos evangelizadores: que el ambiente está muy difícil o que yo no soy santo?, ¿qué os parece?, ¿cuál de las dos es más clave? Que no quepa la menor duda, la clave es la segunda. Si Dios nos da el don de la santidad, ríete tú de las dificultades. Entonces podíamos hacer aquí una descripción de dificultades sociológicas, que también es conveniente hacerlas para que conozcamos el terreno que pisamos, pero que nos quede claro que el mayor problema no está fuera, el mayor problema está dentro de nosotros y se llama - sobre todo quisiera que nos familiarizásemos con ese término los que no lo conozcáis - «acedia». ¿Qué es la acedia? La acedia es la tibieza, la acedia es la mediocridad, …

Curiosamente esta palabra «acedia» estuvo muy presente en el vocabulario de la Iglesia Católica durante el primer milenio, luego se sustituyó por la palabra «pereza». De los siete pecados capitales, uno de ellos se formuló con la palabra «acedia», pero luego no sé muy bien por qué, se cambió por la palabra «pereza». La palabra «pereza» se entiende muy bien, pero no llega a significar la pereza todo lo que es la acedia. La pereza es sobre todo flojera de voluntad, pero es que la palabra «acedia» decía más. Es verdad que el que tiene acedia es perezoso, eso seguro; pero la acedia decía más: es el enfriamiento del amor. Por eso no debemos de olvidarnos de la palabra «acedia», porque es el mal, es nuestro mal, es perder la tensión hacia la santidad, perder la esperanza de que Dios nos va a hacer santos, de que va a completar su obra de santificación en nosotros.

Hubo un tal Evagrio Póntico en el siglo IV, un hombre interesante que nació en lo que ahora es Turquía, y murió en Egipto, que habló de este tema en el siglo IV, hace 1600 años. Y él habló en sus términos de la «acedia». A él le tocó vivir en los años posteriores a que el Imperio Romano se convirtiese al cristianismo, y cuando el Imperio Romano se convirtió al cristianismo y cesaron las persecuciones. Cuando los cristianos eran

perseguidos era imposible tener acedia. Si a ti te pueden echar a los leones pasado mañana, otra cosa no sé, pero acedia no puedes tener, porque tú vives perseguido y, en ese momento, o tienes un amor fuerte o eres un apóstata, o sea, vas a abandonar la fe. Pero tibieza, mediocridad, no se puede tener. No se puede ser mártir y mediocre y tibio, eso no puede ser. Pero vino la conversión del Imperio Romano, que uno dice: «¡Qué bien, por fin se termina la persecución de los cristianos y el Imperio Romano se hace cristiano, ¡qué bueno!». Sí, ¡qué bueno!, pero cuidado, porque terminan las persecuciones y comenzamos a instalarnos en la vida y a sentirnos cómodos, y nos empezamos a mundanizar y cuando no somos perseguidos nos mundanizamos.

Y entonces Evagrio Póntico detectó la acedia. Esta palabra, a veces, se dice acedia o, también, acedía, hay dos maneras de pronunciarla. Entonces él describió algunas características de esta acedia. Y él hablaba a los monjes de su tiempo, de hace 1600 años, pero eso tiene plena aplicación a nuestros días y les dice: «*La acedia comienza un poco a percibirse por una inestabilidad interior*». Dice: «*Es el típico monje —se dirigía a los monjes— que, en el fondo, en vez de estar entregado a tope en lo que debe de estar entregado, está curioseando. Cuando estoy aquí me gustaría estar allá, cuando estoy allá me gustaría estar en el otro sitio. Comienzo las cosas, pero las dejo a medias, no remato nada de lo que hago. Tengo proyectos, pero luego me dan pereza. Estoy inestable exteriormente, el trabajo me cuesta, se me hace insufrible*». La acedia se manifiesta en que uno no abraza la vida, no está enamorado de la vocación que Dios le ha dado. Mariposea porque está huyendo, no florece donde Dios le ha plantado y está continuamente soñando y soñando en otro escenario: «Si yo estuviese en otro sitio, esto es un rollo, …». Está siempre evadiéndose de la realidad, en vez de entregarse en alma, corazón y vida a lo que le toca. Si alguno se siente identificado, que levante la mano. Eso decía Evagrio Póntico: este es un indicio de que la acedia nos ronda.

De ahí, luego ¿qué viene?, otro síntoma. Él no utilizaba la palabra «narcisismo», pero básicamente él dice: el monje que está todo el día pensando en: «Tengo salud, me duele aquí, no me duele aquí». A ver si es que es lo que nos pasa a nosotros, ese narcisismo: «¿Que engordo, que no engordo?; la imagen, ¿queda bien mi imagen? Mira la foto, la foto en el Instagram no ha quedado bien, mira el otro...». O sea, estamos preocupados por nuestra imagen, cómo me miran, ... De ahí viene el narcisismo de plantear la vida como una continua observación de sí mismo, una preocupación por mí mismo, cuando el Evangelio de Jesús te dice: «*Olvídate de ti y entrégate. El que busque su vida la perderá, el que pierda su vida por mí la encontrará*».

Luego de ahí viene: el abandono en la vida de oración, porque uno dice: «Me apetece, no me apetece». Al final mi vida de relación con el Señor está supeditada a mis estados de ánimo. Si estoy de subidón, pues igual sí, pero, si estoy de bajón, abandono la vida espiritual. Voy a misa o dejo de ir a misa dependiendo de si me apetece o de cómo tengo el cuerpo. Al final se supedita la vida espiritual a nuestros estados de ánimo, y claro, eso no es y, en el fondo, se va produciendo, dice él, un desánimo general, una especie de pérdida de esperanza, pérdida del amor primero. Ponemos un piloto automático en

nuestra vida, pero, cuando uno pone el piloto automático, el avión cada vez va perdiendo poco a poco altura, es un piloto automático, pero hacia abajo, no hacia arriba. No renovamos el amor primero, es la acedia. El mayor problema que tenemos es la falta de tensión hacia la santidad, es el no tener esperanza en que Dios nos transforme, nos haga santos.

Entonces, somos evangelizadores, ¿por dónde empezamos? Por renovar la esperanza de que Dios quiere completar en nosotros su llamada a la santidad, tener plena confianza en que lo que Dios comenzó en nosotros, Él lo va a llevar a término. No pactar con la mediocridad. La acedia en la vida personal, esa mediocridad, esa tibieza, esa pereza, también se traduce en la vida pastoral. Si tú, en tu vida, tienes esa flojera, esa desesperanza, esa tristeza interior, es muy difícil que en la vida pastoral seas valiente, seas entregado, es muy difícil.

Entonces, el Papa, en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, que es una exhortación sobre el anuncio del Evangelio, dice: *«¿Dónde está el problema de la acedia espiritual en la evangelización?*». «*El problema no es siempre el exceso de actividades, sino, sobre todo, las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y que lo haga deseable. De aquí que las tareas cansen más de lo razonable y, a veces, enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado*». ¿Por qué nos cansamos tanto?, porque trabajamos mucho. Yo creo que el Papa dice: «*No, eso no suele ser así, porque no trabajamos bien, porque no hacemos las cosas con el corazón bien centrado y puesto en Dios, porque las cosas las hacemos con amor propio, buscándonos a nosotros mismos, no buscando la gloria de Dios*». Y, entonces, así te cansas muchísimo y las decepciones de la vida te dejan hecho polvo, porque las cosas las haces con amor propio y, cuando no te salen bien, te sientes cansadísimo y derrengado. Ya, pero lo que te ha cansado no es el trabajo, lo que te ha cansado es tu estado interior, que no tienes puesta en Dios tu esperanza. Entonces esto es clave, esto es importante.

El Papa aquí hace un repaso de por qué tenemos esta especie de fracasos o sensaciones de fracaso en nuestra vida de evangelización y dice: "*Esta acedia pastoral – el Papa utiliza la palabra "acedia" – puede tener diversos orígenes. Primero, dice: «Algunos caen en ella por sostener proyectos irrealizables y no vivir con ganas lo que buenamente podrían hacer*». A algunos lo que les pasa es que van de soñadores, ¿pero no será más normal que comiences a ser evangelizador con lo que tienes al lado tuyo? «Voy a montar una plataforma digital que sirva para que el mundo entero pueda tener...». A ver, ¿no será mejor que comiences por tu barrio?, ¿qué igual, en la parroquia, resulta que tienen algo en concreto que necesitan de una colaboración como la tuya?, ¿que en vez de ser tú el fundador de no sé qué cosa, colabores tú humildemente con...? ¿hay alguna plaza de catequista?, ¿falta alguien para...? ¿No será más normal, en vez de hacer un planteamiento soñador, comenzar por lo que está en tu mano hacer? Dice el Papa: «¿No será este el problema? Puede ser».

Segundo: «*Otros, por no aceptar la costosa evolución de los procesos y querer que todo caiga del cielo*». A ver, porque nos falta perseverancia, porque vence el que persevera y hoy en día tenemos muchas veces falta de capacidad de mantener el pulso a las situaciones, y si la cosa no me sale bien a la primera, abandono. A ver, "si no me sale bien a la primera, abandono", quiere decir que las cosas las hago por amor propio. Si las cosas no me salen bien en poco tiempo abandono, esto es las cosas las hago por amor propio.

Dice: «*Otros, por apegarse a algún proyecto, a sus sueños, por su vanidad, es decir, por apegos»*. ¿Qué significan los apegos? Que me gusta hacer las cosas a mi manera. Oye, pero igual las cosas tienes que hacerlas de otra manera, no seas obsesivo, deja que te muestren otra forma de hacer las cosas.

Dice: «*Y otros caen en la acedia por no saber esperar y querer dominar el ritmo de la vida. El inmediatismo ansioso de estos tiempos hace que los agentes de pastoral no toleren fácilmente lo que signifique alguna contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una cruz»*. Alguien te critica y te quedas hecho polvo y ya coges y tiras la toalla. O sea, para poder ser evangelizador hay que ser recio; que no podemos evangelizar yendo con planteamientos ..., pretendiendo que todo nos salga bien, fácil, rápido; pues no, uno tiene que contar con que la cruz va a existir y habrá contradicciones, y seremos mal interpretados, y los frutos no van a venir así, rápidamente. No hay evangelización sin cruz, ¡qué clave es esto, ¿no?! Entonces existe una especie de tentación del maligno, que es la tristeza melancólica y el pesimismo porque las cosas no me salen bien, pero nosotros tenemos que decir: «Dios es todopoderoso y ha sacado a la Iglesia de grandes crisis en estos 2000 años». En los 2000 años de historia de la Iglesia, la Iglesia ha tenido momentos dificilísimos y el Espíritu Santo la ha guiado, la ha conducido, sigue actuando en nosotros y tenemos que estar atentos a dónde sopla el Espíritu Santo.

Entonces, ahora bien, aquí lo principal es atentos a nuestra actitud: ¿qué actitud debo de tener yo?, ¿de acuerdo? En medio de esta situación, ¿cuál debe ser mi actitud en situaciones adversas? Ni dejarnos seducir ni atemorizarnos. Dice San Agustín: «*De dos maneras ataca el mundo a los seguidores de Cristo: los halaga para seducirlos o los atemoriza para doblegarlos»*. Es decir, que tenemos que tener sencillamente una firmeza de decir: «Ni me voy a asustar porque esté navegando en aguas contrarias, ni me voy a dejar seducir por este mundo». Esas dos cosas son claves: ni dejarte seducir por la mundanidad ni asustarte por ella.

Entonces, yo os decía, a ver, nuestra actitud en primer lugar, permitidme la expresión redundante: fe en la fe católica. Fe en la fe católica, es decir, en la promesa de Jesús que Él no nos dejaría nunca solos: «*Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*». En la promesa que hizo Jesús: «*El poder del infierno no derrotará a la Iglesia».* Fe en que Jesús cumple su promesa, y entonces no caer en la tentación de decir: «Es que, si somos firmes, si somos fieles, nos vamos a quedar solos». "*Tenemos que ser fieles, aunque volvamos a ser doce*", eso lo decía San Juan Pablo II. Luego, os digo yo, que siendo fieles se va a producir el milagro de la multiplicación, pero uno tiene que ser fiel, aunque

volvamos a ser doce, como fue Jesús con los apóstoles. Uno de los grandes problemas es que a veces los cristianos se acomplejan ante el mundo y entonces dice: «*En vez de cristianizar el mundo, hay que mundanizar el cristianismo. Hay que intentar edulcorar el mensaje para que sea más atractivo, hay que de alguna manera repensar, adaptar la propuesta cristiana para que no sea tan contracultural, para que sea más fácilmente asumida*». A ver, por ahí no se va a ningún lado. Esto es lo que pasa en el sínodo de Alemania, etcétera: pretender que si yo, el cristianismo, lo voy mundanizando voy a atraer a más gente. Cada año se les va un montón de gente. Por lo tanto: "Fe en la fe católica" sin caer en esa tentación de mundanizarnos para ser atrayentes.

Tenemos que fundarnos, subrayar la importancia de la espiritualidad, de la fidelidad. Las cosas las hacemos delante de Dios, os decía antes, no delante de los demás. Antes os he hablado de los genios de la pintura, que murieron aparentemente fracasados y luego, fíjate tú, Van Gogh. Pero todavía hay algo que a mí me maravilla más, que es los que hicieron cosas maravillosas pensando que nadie las iba a ver nunca. Por ejemplo, los canteros, que hicieron filigranas maravillosas en las torres de la catedral de Burgos a treinta metros de altura, que nadie nunca las iba a ver. Dieron su vida por hacer allí unas filigranas increíbles y ellos nunca pensaron que iba a existir un dron que iba a subir hasta allí, nunca pensaron que siglos después se haría una renovación de la catedral. No, ellos dijeron: «Yo esto lo hago para Dios, no lo va a ver nadie». Y ¿qué?, ¿me explico?, ¿y qué? Entonces esto a mí me maravilla, me maravilla que haya habido gente que las cosas las ha hecho por Dios y a fondo perdido: «*Yo lo hago ante Dios y lo hago sabiendo que lo hago para dar gloria a Él; lo va a ver alguien o no lo va a ver nadie, eso no es lo que me mueve*». Por eso lo primero es fe en la fe católica, sin complejos ante el mundo.

Segundo punto: Superar la impaciencia, confiar en los ritmos de Dios. Dios tiene sus tiempos y mientras tanto nos purifica. El hecho de que tengamos que amoldarnos a los tiempos de Dios, a los ritmos de Dios, nos purifica. Las personas tienen su hora, su momento de gracia, y si yo quiero meterle a mi hijo en la cabeza esto ya, igual tendré que esperar a que sea el momento de gracia y Dios le abra el corazón. Yo tengo que amoldarme a los ritmos de Dios. Nosotros solemos querer sembrar y cosechar inmediatamente, ver los frutos, evaluarlos, pero los ritmos de Dios son otros. Hay un pasaje del Evangelio que casi seguro que nos resulta desconocido, porque hay pasajes del Evangelio que leemos, que los pasamos rápido, y este está en el capítulo 4 de San Juan. Dice Jesús: «*Con todo, tiene razón el proverbio: uno siembra y otro siega. Yo os envié a segar lo que no habéis trabajado; otros trabajaron y vosotros entrasteis en el fruto de sus trabajos*». O sea, Jesús dice: «*Mira, tú estás recogiendo lo que no has sembrado, o tú estás sembrando lo que otro recogerá*». Uno siembra, otro riega, otro cosecha; esto es muy importante tenerlo en cuenta en la evangelización. Yo no estoy llamado a ver los frutos de todo. Cuando una persona llega a su conversión, vete tú a saber cuántas personas ha tenido detrás de ella para que llegue el día de su conversión, y todos los encuentros que tuvo anteriormente, todas las predicaciones que aparentemente rechazó, también fueron necesarias para que llegase este momento. Los evangelizadores tenemos que tener esto en cuenta: a mí me toca sembrar, ¿me toca regar?, me toca regar, ¿me toca cosechar?,

me toca cosechar, pero no soy yo solo el que evangeliza, lo hace la Iglesia en su conjunto, entre todos evangelizamos y a cada uno le toca su momento y su colaboración en el plan de Dios. La tentación es querer apropiarte de los tiempos de Dios y querer todo aquí, ahora y a mi medida y, obviamente, eso no sirve. Nos suelen exasperar los tiempos de espera, pero son ocasiones de purificación, de buscar la voluntad de Dios.

También es muy importante lo siguiente: nuestra actitud, buscar la comunión interna en el seno de la Iglesia. Si no somos uno, será dificilísimo evangelizar. Jesús dijo en aquella oración después de la última cena: «*Padre, que todos sean uno para que el mundo crea que todos sean uno, que mis discípulos estén unidos para que el mundo crea*». Si cada uno va por su lado, si no se ponen de acuerdo ni entre ellos, ¿voy a creer yo? Claro, es que el antitestimonio de la falta de unidad y las divisiones en el seno de la Iglesia dificulta tremendamente la evangelización, con lo cual es importante que busquemos la unión. A veces, hablamos de ecumenismo: con los protestantes, anglicanos, ortodoxos, pero habrá que empezar por ecumenismo casero, por un ecumenismo en casa, dentro de la parroquia, dentro de tal. Es que como no estemos unidos, como no superemos nuestras filias y fobias («este me cae bien, este me cae mal»), en la Iglesia tenemos que aprender a sumar los carismas y no a restarlos, no a criticarnos unos a otros, darnos cuenta que los dones del Espíritu Santo son diversos, pero, sin embargo, en el plan de Dios, todos ellos convergen para la gloria de Dios. El sentido comunitario de la Iglesia preserva de muchos errores, de superar el individualismo como gran tentación; por eso, una actitud importante para evangelizar es la comunión, la comunión en el seno de la Iglesia. Cuidar mucho las críticas entre nosotros, darnos cuenta de que el diablo siempre va a dividir, a enfrentar; tener una sensibilidad especial frente a las críticas.

Y, por último: ser misericordioso. Yo creo que eso es clave para ser evangelizador: ser misericordioso, ser amable, ser cariñoso; porque la primera manilla, la primera cerradura que tenemos que abrir es la de que la gente se sienta acogida, que la gente se sienta querida. El primer paso en nuestra proclamación del Evangelio delante del mundo es que aquellos con los que nos relacionamos experimenten de nosotros amor, experimenten cariño. Esto es importantísimo. Recuerdo haber leído un libro del padre Arrupe, quien fue superior general de los jesuitas y él fue provincial en Japón, y el libro se llama "*Este Increíble Japón"* y cuenta una anécdota que fueron a quejarse de una parroquia que tenían allí los jesuitas y le decían a él que no estaban contentos y querían que les cambiase al jesuita al que estaba de párroco de la parroquia. Y los recibió. Querían quejarse de él y, les dijo: ¿y qué quejas tenéis?, ¿no es un hombre trabajador? Sí, sí, trabajador es el que más trabaja y tal. ¿Está con los ancianos? Sí, visita a todos los ancianos y tal. ¿Con los niños? Sí, la catequesis, está claro». Y todos le decían. «Oiga, pues si hace todas esas cosas bien, ¿por qué os quejáis de él?». Y dice el padre Arrupe que respondieron: «Es que no nos quiere». Decía el padre Arrupe: "*en la evangelización no basta con que seas muy trabajador, no basta con que seas un todoterreno, lo primero es que la gente experimente cariño, ser amada"*. Eso es una anécdota que cuenta el padre Arrupe. Decía: «Es que este se mata a trabajar, pero hay que ser cariñoso, hay que ser amable, tú tienes que mostrar la caridad de Cristo».

Recuerdo también que en redes sociales compartí el día del Domund, hace un par de años, una anécdota de una religiosa que estaba en África, atendiendo a unos pobres de Yahvé, a unos ancianos que se les veía enfermos, con muchas deformidades y ella les estaba cuidando, y les estaba empezando a hablar de Dios, porque eran animistas, y, entonces, ellos le dicen: «*Dios nos quiere*». Y les pregunta la misionera: «*¿Y vosotros por qué sabéis que Dios os quiere?*». Y le responden: «*Porque tú nos quieres*». Me pareció tremenda esa respuesta, diciendo: «*Si tú nos quieres así, si tú has venido aquí enviada por Dios, nos tiene que querer».*

Esa religiosa dice: «*A ver cómo me pongo aquí a explicarles a estos que hay un Dios que es bueno, que es misericordioso*». Y aquellos le solucionaron el problema rápidamente, le dijeron: «*¿Y vosotros cómo sabéis que Dios os quiere? Hombre, porque tú nos quieres, ya está, asunto solucionado*». O sea, es que nuestro primer paso en la evangelización es ese: es amar, es querer a la gente y que se sienta querida, y que en esa acogida entrañable se experimente el corazón de Dios. Así es el corazón de Dios, que es capaz de dar cariño por encima de mis estados de ánimo, por encima de que hoy me apetece o no me apetece, o estoy cansado. Yo estoy con los demás, yo intento siempre en todo amar y servir. Eso, sin que tú te des cuenta, está proclamando un gran mensaje: «Dios *me debe de querer, porque este me quiere y viene en su nombre*».

Vamos a pedirle a Dios la gracia de ser evangelizadores. Acordaros de cuál era el título de esta reflexión: «*Hemos echado las redes y no hemos sacado nada. El cansancio del evangelizador*». Dios puede más, Dios es todopoderoso, nos ponemos en sus manos, y le decimos: «*Señor, haz de mí lo que quieras. Te ofrezco mi vida. Que yo pueda ser una mediación para que una sola alma se acerque a ti, merecería mi vida. Si yo pudiese ser un instrumento de Dios para que un alma se acerque a Dios, mi vida estaría absolutamente justificada. Me ofrezco a ti, Señor, como instrumento tuyo».*

Mientras tanto, me centro en mi propia salvación, que no es poco, porque evangelizando somos evangelizados y, proclamando el Evangelio, también nosotros mismos nos disponemos a acogerlo. Aquí nos tienes, Señor, queremos ser tus discípulos misioneros. Conforma en nosotros un corazón a semejanza del tuyo, a semejanza del buen pastor.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.